

Las luces que me conmueven

Ginya Les



LAS LUCES  
QUE ME  
CONMUEVEN

GINYA LES

# Capítulo 1

## **Sinopsis**

Andrés es un hombre independiente y dentro de lo que cabe exitoso, tras un matrimonio fallido y una interminable lista de mujeres en su cama, no encuentra la satisfacción en todo lo que hace.

Las fechas decembrinas son las más amargas, y aunque ya tiene planeadas sus vacaciones, le espera una gran sorpresa que pondrá su mundo de cabeza.

Su encuentro con los García le mostrará que la vida tiene cosas más importantes que lo material. Entenderá que a veces hay que tocar fondo para aprender a respirar.

## Capítulo 2

### **Prefacio**

Es conocido por la sociedad que un hombre de buen aspecto físico, soltero y con buena posición económica puede atraer a cualquier mujer que este quiera, sin embargo aun cuando mujeres no le faltaban, Andrés De Rosa Vitale no posee lo más importante en su vida.

Unos años atrás había perdido todo lo que creía necesario para un futuro prometedor, le habían roto el corazón y los sueños que tenía por vivir, pero después de unos meses, se recuperó, enfocó sus fuerzas y energía en llegar a nuevas metas, en tomar mejores decisiones y en obtener el éxito, las mujeres solo eran un premio secundario a lo que el realmente le importaba.

Ahora Andrés espera cerrar un gran trato que lo llevará a concluir parte de sus nuevas metas pero lo que él no espera es lo que sucede. Un suceso inesperado en su vida le mostrará que no siempre es bueno ser confiado con el mañana, que la vida no está comprada y que el respeto no se gana con imposición. Un simple parpadeo le cambiará la vida.

## Capítulo 3

### Capítulo 1

Andrés camina despacio cruzando la pequeña calle para llegar a casa de su madre, la señora, María De Rosa Vítale, madre de cuatro hijos, todos varones. Había enviudado hace unos años y desde entonces vive sola, si se puede llamar a sí pues tiene una multitud de pajaritos que le hacen compañía todas las tardes cuando sale a tomar el café al jardín.

Sus hijos le visitan casi a diario pues tiene la fortuna de tener dos nueras amorosas y amables con ella, que de lo contrario ella ni los vería ni en pintura. Sin embargo no todo es color de rosa para todos los hijos de la matriarca de los De Rosa Vítale; en el fondo a, María, le duele la situación del menor de ellos, Andrés. Sabe que la vida que lleva es hueca e insípida, llenada por simples banalidades que mitigan su soledad solo por pequeños momentos.

Días atrás le había rogado que asistiera a la cena de noche buena, alegando que era para estar todos juntos como familia al menos una vez al año. Al principio María notó cierta resistencia por parte de él, sin embargo, Andrés accedió más por obligación que por voluntad y aunque él creyó que su madre no notó su apatía estaba muy equivocado, pues los años a ella le hacían entender con mayor astucia a las personas que trataban de esconder verdades con pretextos.

La casa es de una sola planta pero amplia, pintada de color blanco con verde de manera que se ve grande y llena de vida, la gran puerta de la entrada es de caoba, tallada por el difunto patriarca de la familia. Pero lo que más atracción tiene es el gran patio trasero con un hermoso porche adornado con diversas plantas; sobre las paredes y pilares cuelgan las jaulas de los pajaritos del amor que es como todos les llaman; de estos hay de diversos colores lo que es una gran novedad para todas las visitas que llegan al hogar de los De Rosa Vítale.

Al llegar a la puerta cargado de unas bolsas de regalos para la familia, Andrés puede percibir el aroma a pan recién horneado y ponche de frutas, eso le saca una sonrisa sincera robándole un gran suspiro que le hace recordar su niñez y las noches que rondaba en la cocina después de que todos se fueran a dormir para robar otra pieza de pan; en más de una ocasión le descubrieron, pero eso no le impedía volverlo a intentar en esta época del año.

Así que ahora ya está aquí, el lugar donde menos desea estar, las reuniones familiares se habían vuelto molestas e incómodas para él ya que le recuerdan las veces que asistía con su ex mujer, y por eso siempre las evita. Solo de pensarlo siente que se le revuelve el estómago así que

toma una bocanada de aire y prosigue su camino a la entrada.

Patea la puerta con fuerza pues tiene llenas las manos, internamente ruega que alguien le oiga y así sucede cuando le abren la puerta al poco rato de haber pateado.

—Tío, ¡hola! —grita Camila, lanzando su cuerpo en un abrazo hacia su tío favorito.

Andrés se asombra mucho de verla tan grande, ya que tenía por lo menos dos años que no la veía.

—Hola princesa, también me da gusto verte —responde Andrés intentando devolverle el abrazo a Camila, pero con las manos ocupadas le es imposible. —¿Qué edad tienes? Estas gigante.

—Tengo nueve tío. Ya voy a cuarto de primaria. —informa Camila muy alegre.

—Que bueno, ya te estas haciendo vieja. —dice Andrés con tono burlón.

—No, soy grande, no vieja. —replica malhumorada la niña mientras sale corriendo.

—¿Están en casa?! —grita mientras pasa a la sala soportando el peso que de apoco le va calando las manos.

—Acá estamos —responde en un grito alguno de sus otros hermanos, desde la parte trasera de la casa.

Poco a poco observa lo espaciosa que es la sala y como esta al igual que el resto de la casa están decoradas con adornos navideños. Desde las paredes, las diversas mesas, la chimenea y hasta los sillones. Todo muy bien cuidado y hermosamente diseñado, sabiendo que esto solo puede ser obra de su madre.

Se acerca a la esquina de la sala donde yace el árbol de navidad lleno de luces de colores, muchas esferas y dulces colgando de él. Dejando las cosas debajo del árbol abraza a su sobrino que al escucharlo corre hacia él. Es Miguel, hijo del más grande de sus hermanos, Ángelo.

Miguel y Camila son hermanos; ambos rubios de ojos verdes lo cual sacan a su madre, Diane una canadiense que Ángelo conoció en uno de sus famosos congresos de medicina.

—Ya estás más grande renacuajo —expresa a Miguel mientras lo lleva en brazos al jardín trasero—. ¿Cuántos años tienes? —pregunta de la misma

manera que a su otra sobrina.

Siente una punzada de tristeza ya que tenía mucho tiempo de no verlos, pero no porque no pudiera, si no por que se la ha pasado tratando de evitar a la familia.

—Tengo tres —informa orgulloso el pequeño Mike.

Al llegar a la cocina y ver a través de la puerta corrediza de cristal lo que ven sus ojos es impresionante, todo el jardín esta decorado con luces navideñas blancas; tal como su papá lo hacía para ellos de pequeños. Eso le provoca cierto aire de melancolía, pues sabe que ya no podrá revivir aquellos momentos felices que tuvo en su infancia al lado de su padre, el cual es su persona favorita. Por un breve momento abraza la idea de que todo es como antes, pero esta consiente que es imposible así que la aleja de sus pensamientos.

Una vez más antes de salir del porche pone atención a la cantidad de personas ahí reunidas, sabe que ha llevado más regalos de los necesarios, sin embargo si falta alguien de recibir uno tendrá la excusa perfecta para salir a buscarlo cuando en realidad estaría huyendo de aquel lugar.

La familia entera está ahí fuera: sus tres hermanos, las esposas de dos de ellos, incluso los suegros de su hermano mayor; su mamá, sus tres sobrinos y su... su ex mujer. No puede creerlo, eso es un golpe bajo para él.

<< ¿Cómo pudieron invitarla a la cena de navidad? >> Se pregunta.

Se comienza a sentir sofocado, con rabia, el color de su cara cambia drásticamente; piensa que tal vez está teniendo alguna pesadilla. En cuestión de segundos todo el enojo guardado durante los últimos años, la impotencia y la frustración comienzan a aflorar de nuevo. Era una muy mala broma del destino que esa <<arpía>> como él la llamaba, estuviera en el mismo lugar que él y peor aun, conviviendo con su propia familia.

Bajó a Mike, como él le decía de cariño a su sobrino y éste camina en busca de los brazos de su mamá a la par de que Andrés sale del porche adentrándose al jardín.

Uno de sus hermanos mayores, el tercero de ellos en orden descendente, Matteo se acerca rápido para saludarlo y a su vez tranquilizarlo antes de que haga una tontería pues la tensión en el ambiente había aumentado con su llegada. La familia en sí ya se sentía incomoda con la llegada de la ex miembro pues no sabían cómo tratarla, y la expresión en la cara de Andrés tan solo verla les hizo confirmar sus sospechas de que las cosas no

habían terminado tan bien como él les había hecho creer.

—Hola hermano, ¿cómo estás? —saluda Matteo mientras abraza a Andrés por el cuello, dándole una palmada en la espalda.

—¿iQue madres es esto Matteo!? ¿por qué Carlota está aquí? —le refiere muy molesto pero en voz baja de manera que los demás no puedan oírle.

—Tranquilo Andrés, ella llegó sola. Dijo que pasó a saludar, de hecho ya se iba cuando llegaste. —susurra Matteo a su hermano, para tratar de calmarlo un poco.

—Pinche Vieja. —murmura Andrés mientras acompaña a su hermano a saludar a su madre que ya lo ve a unos metros con ojos de alegría.

Él no ha venido para ver a Carlota y eso le remueve todo tipo de sentimientos negativos. Quiere salir huyendo de ahí con más ganas que las de antes, pero la familia se había reunido y venido unos desde lejos, sólo para estar juntos. Así que se traga sus emociones y empieza a saludar a todas las personas ahí reunidas totalmente resignado pues ya está con ellos.

Andrés acorta el camino entre su madre y él, pues ella ya se acercaba con brazos abiertos a recibirlo con tremenda sorpresa y admiración.

—Hijo mío, que alegría verte de nuevo —María le da un abrazo y un beso efusivo en comparación al escueto de su hijo.

—También me da gusto verte madre —devuelve el abrazo de la mejor manera que puede, pues el poco animo que tenía ya se había esfumado en cuanto vio a Carlota.

— ¿Ya viste a Carlota? ¡Que sorpresa que viniera! —indaga la matriarca, pues deducía que algo oculta su hijo pero no que.

—Sí, ya la vi. No te alegres mucha madre. El que esa mujer este aquí no pinta nada bueno.

La cara de María se transforma y la preocupación se instala en sus gestos confirmando que algo grave ocurrió entre ellos. Una sospecha de infidelidad por parte de Carlota era algo que no podía salir de su pensamiento, pero como no conocía la verdad el sacar conjeturas solo era una pérdida de tiempo y un desgaste emocional al que no quería recurrir. Por lo tanto sigue esperando que su hijo se anime a contarle la verdad.

— ¿Pero, por qué? Dime que está pasando Andrés. —le demanda tratando

depersuadirlo.

—Nada madre, solo que no me gusta verla. Es una ex incomoda, solo eso.  
—responde Andrés quitándole importancia.

—Bueno, si tú lo dices... —sin tragarse el cuento, María le jala del brazo llevándolo hacia sus consuegros.

Matteo, no le abandona en ningún momento, conoce demasiado a su hermano como para saber que le duele mucho ver a su ex ahí. Nadie conoce realmente la historia detrás de la separación de ellos dos, pero él sí. Por lo tanto sabe que debe apoyar a Andrés en este instante.

## Capítulo 4

### Capítulo 2

Al llegar el turno para saludar a su ex mujer, Andrés no puede contener la ira aún guardada dentro de sí. Ella le había engañado con su mejor amigo, estafándolo con su empresa de bienes raíces y dejándolo en la calle. La última vez que se vieron ella le había amenazado con quitarle también la única propiedad que tenía a su nombre y que casualmente era la casa de su madre.

Su padre al morir había dejado en el testamento estipulado que propiedades serían para cada uno de sus hijos. La casa de la Abuela como solían llamarla todos, pasaría hacer de él una vez que la matriarca así lo quisiera. Andrés que nunca ha sido un hombre interesado en los bienes materiales le dijo a su madre que se quedara tranquila, que esa casa es y sería siempre de ella.

Ver a Carlota ahí le produce un mal augurio ¿acaso vino a ver la propiedad? O quizás ¿está tramando algo? Se pregunta qué diablos la ha motivado para hacer aquello y por qué está ese preciso día ahí.

Ella siempre ha sido una mujer astuta y perspicaz, sabe leer muy bien a las personas y también es experta manipulándolas a beneficio propio; de esa manera fue que Andrés cayó en sus redes dándose cuenta muy tarde del verdadero tipo de mujer que esta es.

Y aún muy a su pesar la amó, pues además de poseer un gran atractivo físico con un cuerpo muy trabajado en el gimnasio, piel blanca, un hermoso rostro adornado por su melena larga y oscura tiene una gran inteligencia y habilidad para los negocios lo que lo eclipsaba totalmente.

Ahora al verla se lamenta haberla admirado y amado pues debajo de toda esa fachada de amabilidad hay una serpiente venenosa que juega muy bien las piezas a su favor para que todos le sirvan. Eso lo comprobó cuando nada más estafarla usando a su mejor amigo, ella lo dejó pues ya había cumplido su cometido.

Teniéndola cara a cara todas aquellas emociones que una vez afloraron por ella ahora solo eran un triste recuerdo, lo único que permanecía era la impotencia de querer decir a todos lo que en verdad era esta mujer. Su ex mujer.

—No te preocupes por saludar, ya me retiro —dice Carlota con tono desdeñoso, pasando por un lado de Andrés— Fue un gusto verla señora, como siempre espero lo mejor para usted y su familia. —dice dirigiéndose hacia la matriarca de la familia, dándole un beso en la mejilla sin que este

sea correspondido y saliendo por el pasillo lateral que da hacia la calle.

Andrés la sigue con la mirada como una pantera a su bocadillo y la madre de este se percató de todo lo sucedido sin que su hijo diga nada. Solo Matteo quien también se vio afectado por el fraude conoce la historia real entre Carlota y su hermano, ya que por vergüenza él decidió no decirles nada a la familia, así que ante todos solo fueron diferencias irreconciliables.

—¿Cómo te sientes Andrés? —indaga Matteo. El bienestar de su hermano es muy importante para él.

—Molesto ¿acaso hay alguna otra forma en la que deba sentirme?  
—responde tajante Andrés.

—Tienes razón, pero al menos ya se fue. Deberías dejarlo ir por hoy, la familia está reunida y se supone que debemos disfrutar estar juntos.  
—aclara.

Andrés gira a verlo después de que comprueba con la mirada que Carlota ha salido hasta la calle por el pasillo. —Tienes razón como siempre Matteo. Pero eso no quita que todo se esfume tan rápido.

—No se esfuma, pero al menos puedes hacerlo a un lado por hoy. —Le reta un poco más decidido a su hermano menor.

—Ok, ya. Vamos a celebrar... ¡Yupi! —responde sarcástico a su hermano.

La familia los ve de reojo, pero ninguno se acerca para averiguar lo sucedido. De todos los hermanos Andrés siempre ha sido el más apasionado pero también reservado, saben que si tratan de sacarle información menos habla, por lo tanto le dan su espacio esperando que él confíe lo suficiente en ellos como para decirles lo sucedido.

El transcurso de la velada fue de lo mejor después de la tensión que había al principio, todo se disipó y tras varios tequilas, vino, música y comida hecha por los mismos miembros de la familia, la navidad de los De Rosa Vítales resultó placentera. Pasando la media noche cada miembro hacen entrega de los respectivos regalos. Además, se dan los presentes a los que decidieron entrar a un intercambio. Los miembros más pequeños se vuelven los más felices de la noche al recibir una gran cantidad de ellos.

Faltando unas tres horas para el amanecer Andrés se despide de todos los miembros de la familia que quedan despiertos ya que sus sobrinos al igual que la matriarca ya se habían retirado a dormir. Solo los hermanos y uno que otro invitado se quedó despierto hasta ya altas horas pues el alcohol y el gran ánimo casi hacen imposible que el sueño les venciera. Pero Andrés tiene un compromiso ese día en Durango y debe viajar en auto hasta allá,

por lo que decide interrumpir la velada y emprender su viaje de negocios.

Al acercarse a sus hermanos les promete que volverá para año nuevo, pero cierto es que miente, ya que recibirá año nuevo en España con unos amigos. Da una última mirada a la decoración de la fachada que tanto le recuerda a su padre y sale hacia la calle rumbo a su automóvil.

Es una noche fría a las tres de la mañana en el momento que sube a su carro negro, en el portaequipaje cuenta con una pequeña maleta para dos días de viaje y los papeles para la grandiosa adquisición que está por realizar. Teniendo que viajar desde su natal Jalisco hasta Durango con la carretera húmeda por la reciente lluvia y con bastante neblina por el frío se prepara mentalmente para ser cauteloso al manejar.

Andrés sube el sonido de la música para tratar de mantenerse más despierto y así llegar a su destino sano y salvo. Muse es una de sus bandas favoritas y tomado del volante mueve los dedos al ritmo de la música.

Habiendo salido ya de la ciudad de Guadalajara, toma la carretera Tepic — libramiento hacia el norte por la México 15 y de ahí tomar la carretera a Durango – México 45, el cansancio poco a poco va haciendo mella en el cuerpo de Andrés y los ojos se le hacen más pesados conforme avanza a gran velocidad sobre el asfalto a altas horas de la madrugada.

Él sólo piensa en el tiempo que tiene para llegar a la ciudad, ya que tiene cita a las tres de la tarde con el comprador de un importante inmueble en la zona pudiente de Durango. Ya han pasado tres horas desde que salió de casa de su madre siendo casi las seis de la mañana y el trayecto en total es de ocho horas.

La ansiedad y el desvelo lo impacientan pues piensa en todo lo que tiene que hacer nada más llegar a un hotel modesto y darse una ducha antes de la cita; acelera un poco más subiendo la velocidad hasta 140 km/h.

Por un momento su pensamiento vuelve a lo sucedido horas antes, el ver a Carlota le ha removido sentimientos encontrados. Quizás nunca podrá dejar de admirar su tenacidad e inteligencia pero es más grande el odio y la repulsión que siente por ella que cualquier rastro de admiración.

Unos cerros se alzan a su lado izquierdo y las curvas cada vez se hacen más cerradas, en el altavoz del auto se oye alto "radioactive" de Imagine dragons, la cabeza de Andrés ya está dando su lata por los efectos del alcohol y le palpita causando un dolor agudo; el sueño es cada vez más pesado por lo que decide bajarle al sonido de la música del auto, sólo es un segundo que despega la mirada de la carretera, un segundo para mirar la pantalla del auto, un segundo de distracción, un segundo más que le costará llegar a su destino para cumplir sus sueños y tal vez, el último

segundo de su vid

## Capítulo 5

### Capítulo 3

No hay sonidos de sirenas, de ambulancias, protección civil o policía. El frío lograr calar hasta los huesos ya adormecidos de Andrés que yace aún dentro del coche volcado hacia arriba en la orilla de la carretera. Su cara y cuerpo están llenos de sangre fresca y el sol no tarda en salir, había decidido irse por esa carretera que era menos transitada por los camiones de carga, pues le urgía llegar rápido a su destino y descansar al menos un rato.

Al despertar después de pasar una hora inconsciente a duras penas logra abrir los ojos. El carro esta casi destruido, con el techo aplastado y los vidrios todos quebrados, por una de las ventanas ya quebrada puede ver la noche oscura y los últimos destellos nocturnos de las estrellas en el cielo.

Por un momento llega a sentir que su alma se desvanece mientras sigue sujetado al asiento al escuchar gotear despacio su propia sangre. Esto le causa una sensación de pánico que lo lleva a pensar que si llega a salir de esa situación con vida, hará un cambio en su estilo de vida. Tal como toda persona en aprietos piensa con tal de salir de ellos.

Al fin sus párpados se cierran mientras la sangre ya corre por fuera del coche humedeciendo la tierra y la nieve. La oscuridad de a poco se va difuminando, dándole paso al gran astro celeste, el sol comienza a dar sus primeros rayos de luz en el día y estos se reflejan sobre los cristales rotos esparcidos alrededor de lo que era un precioso auto.

—¡Fer, ayúdame a abrir la puerta está atorada!, tráete la caja de herramientas de detrás del coche —grita Don Memo a su hijo mayor que aún está por un lado de su camioneta estacionada a un lado de la carretera.

—Papá, aquí está la caja, ¿hay alguien en el carro? —pregunta Fer después de llegar con la caja hasta donde el auto de Andrés había ido a parar tras caer por la orilla de la carretera y volcarse por un pequeño barranco y chocar con unas rocas.

—Hay un hombre Fer, llama a la cruz roja rápido —le sugiere con apuro Don Memo.

—Ya lo intenté apa, pero no hay señal. Podemos llamar hasta que lleguemos al pueblo —contesta mientras intenta de nuevo que la llamada saliera— Mejor hay que sacarlo y llevarlo hasta el pueblo, aquí nadie

podrá ayudarnos.

—Ayúdame pues, saca las pinzas y revísalo de nuevo, está inconsciente, pero vive —anuncia Don Memo, mientras intenta abrir la puerta.

Fernando le pasa las pinzas a su padre mientras revisa el pulso de él joven. Al acercarse nota que se está desangrando y si no le atienden pronto, seguro morirá.

—Apa, este hombre está muy pálido, hay demasiada sangre en la tierra y según las prácticas de primeros auxilios que nos dieron en el trabajo, debemos inmovilizarlo para trasladarlo y llevarlo con urgencia, no sabemos que daños tenga, posiblemente muera —dice preocupado y con urgencia a su padre.

Don Memo no sabe nada de primeros auxilios, él solo se dedica a la venta de productos caseros de puerco a diversas tiendas populares, los elabora con su familia, esposa, hijos y su mamá, un negocio cien por ciento familiar, que les daba el sustento necesario para sobrevivir.

—Mire hijo, yo no sé nada de eso, pero si usted cree que es lo mejor pues hay que apurarnos. Traiga de la camioneta lo necesario y yo le ayudo en lo que ocupe —En ese mismo tono de humildad y respeto Fer asiente afirmando la opinión de su padre y va corriendo a la camioneta para traer lo necesario.

Después de unos minutos, Don Memo logra abrir la puerta y Fernando llega con lo que contaban en la camioneta y unos palos más que encontró para lograr mover el cuerpo aún inconsciente de Andrés.

Don Memo sigue con mucha atención y cuidado cada una de las instrucciones de su primogénito y en menos de diez minutos ya lo están subiendo a la parte de trasera de su camioneta.

Fernando al notar la apariencia del hombre supone que es alguien que cuenta con altos recursos económicos. Toma las llaves de lo que quedaba del coche y abre la cajuela. Como suponía, hay algunas pertenencias de Andrés en ella, las saca junto con los papeles de la guantera y corre al auto para llevar a ese hombre totalmente desconocido al hospital de su pueblo.

Andrés yace recostado sobre una lona en la parte trasera de la camioneta, con un hombre mayor por un lado que cuida de su cuerpo mientras ajusta un torniquete en su brazo derecho. Logra abrir un poco los ojos para darse cuenta de que en el horizonte el sol ya ha comenzado a salir regalándole los primeros destellos del día para después de eso volver a

caer en su sueño profundo.

## Capítulo 6

### Capítulo 4

En el pueblo solo hay una pequeña clínica equipada con lo indispensable. Don Guillermo García pide de favor al médico del pueblo que también es su compadre que reciba al joven que viene muy grave. Mientras tanto Fer da aviso a tránsito local del accidente en la carretera

Eduardo Vega, es ya un señor mayor rondando entre los cincuenta y los sesenta. Ha sido médico del pueblo durante más de veinte años, por lo tanto todos le conocen. Además de ser un profesional experimentado, también es una persona muy amable con los demás y con mayor razón con aquellos que no cuentan con muchos recursos económicos. Puede atender desde una simple gripe, hasta partos y cirugías menores. Todos en el pueblo y sus alrededores confían en él y la familia García no es la excepción.

Eduardo hizo de su conocimiento el estado del joven y no siendo nada prometedor.

—Lamento informarte Memo que el estado del joven es crítico. Venía con un pulmón perforado, hemorragia interna, un pie quebrado y varias lesiones menores. —anuncia con delicadeza.

—¿Le conoces de algún lugar Memo? —añade el médico a su amigo de toda la vida.

—No, apenas lo encontramos lo trajimos contigo. ¿se va a recuperar? Perdió mucha sangre.

—Es difícil. Por lo que cuentan el cinturón ejerció presión sobre la arteria y eso hizo que la pérdida de sangre no fuera tan acelerada. Pero aun con eso necesita al menos dos medidas más de sangre, ya se le administraron las que tenía de reserva, pero no son suficientes.

—¿Hay una manera de ayudar? —pregunta Don Memo.

—Sí, la hay. Necesitaremos sangre O negativo, por lo tanto requiero de ti y de Zil ya que el paciente es de su mismo tipo sanguíneo y solo ustedes pueden donarle. Son las únicas personas que conozco que la tienen.

—Está bien, Eduardo le diré a Fer que vaya por ella. —hace conocer Don Memo mientras saca su teléfono de vieja tecnología y marca a su hijo.

—Fer. Por favor es urgente que vayas por Zil. El joven ocupa sangre y

ambos somos compatibles con él. —informa Don Memo.

—Está bien papá, voy por ella. Nos vemos en quince minutos —dice y cuelga.

—Hecho, en quince llega.

—Perfecto. Iremos preparando las cosas y a ti en lo que llegan —anuncia el doctor mientras señala una de las puertas de la clínica y su amigo la abre para entrar luego ambos a una pequeña sala.

—Toma asiento en ese sillón. Margarita vendrá enseguida a canalizarte. —dice burlón, pues sabe del miedo que le tiene a las agujas.

—Ajá. Todo sea por el bien del jovencito. —sonríe nervioso Don Memo.

—Tuve que intervenir de urgencia. Por ese motivo tardé un poco en salir. Pero es necesaria la sangre si hubiera otra forma créeme que no te lo pediría.

—Lo sé, no hay de qué preocuparse.

—Te dejo iré a ver el estado de mi paciente. Aún sigue en el quirófano

—Le hace de su conocimiento.

En ese momento sale el médico por la puerta de la sala y entra Margarita, una de las enfermeras más jóvenes de la pequeña clínica.

Ella entra con un

—Don Memo, ya sabe, apriete el puño y cuando le diga que lo abra lo hace. —informa Margarita mientras le amarra una liga alrededor del brazo.

—Está bien —responde Don Memo mientras sigue las indicaciones de la enfermera y voltea hacia otro lado evitando ver.

—Esto va a doler un poquito, pero será rápido —avisa—. Tranquilo, ya casi está. Abra la mano —pide al terminar de canalizar a Don Memo

—Gracias Margarita.

—Gracias a usted. Está ayudando a salvar una vida. —le dice con una tierna sonrisa.

—Papá. ¿Estás bien? —pregunta Fer al llegar y ver a su padre canalizado a

sabiendas de su ya conocido miedo.

—Sí. ¿Zil viene contigo?

—Sí. Se está lavando los brazos. Ya sabes, el aroma.

—Hola Fer —saluda Margarita a Fernando.

—Hola Maggie. ¿Qué tal se comportó mi papá? —pregunta divertido Fer.

—Muy bien. A comparación de la vez pasada, perfecto diría yo. —comenta riendo.

—No se burlen de mí. Todos tenemos miedos. Si no me creen, pregúntenle a la ratita que va pasando por tus pies Fer. —dice alzando la ceja y señalando al suelo con la mano que tenía desocupada.

Fer duda un momento en ver, pero de pronto siente que algo sube por su pierna y pega tremendo grito. Zil que acababa de entrar sin que nadie notara su presencia al darse cuenta de la broma que su padre quería jugarle a Fer se agachó y con una pluma de las que usaba en su trabajo se la subió por el pie a su hermano. Él volteó a ver a la dichosa rata y no era nada. Solo su hermana agachada muerta de risa, al igual que su padre y Margarita.

—Zil, necesito que te sientes para sacarte la sangre. —informa la enfermera tratando de mantener la compostura.

—Ok. Voy. —dice Zil mientras se acomoda y pone el brazo en posición, ya sabiendo lo que debía de hacer.

Zil y su padre eran del mismo tipo de sangre. Ellos podían donarles a todos, pero no cualquiera podía donarles a ellos, por ello sabían de la urgencia con la que necesitaban de ella. Cuando Fer la recogió en su trabajo poniéndola al tanto sobre todo lo sucedido hasta el momento. Aun sin conocer a Andrés, Fer y su familia sentían una verdadera preocupación por su estado.

—Muchas gracias por su ayuda —anuncia el doctor Eduardo a la familia de Don Memo —tal vez este joven hubiera muerto sin ustedes. Su estado actual es delicado y está en coma debido al accidente. Posiblemente tarde de uno a dos días para que despierte.

—Son muchos días Lalo. No podemos pagar tanto. —dice Don Memo con pesar ya que la economía de su familia no ha estado en su mejor momento durante un tiempo.

—Lo sé, pero dejémoslo aquí lo necesario. Sus signos vitales son estables. El estado comatoso en el que se encuentra es debido a un golpe que recibió en la cabeza y a la pérdida de sangre. Su cerebro necesita tiempo para desinflamarse por sí solo, esperemos que no queden secuelas. Pero en el momento que veamos reacciones favorables en él podrán llevarlo a casa.

— ¿Dices que podemos llevárnoslo a casa? Ahí cuidar de él. ¿Porque solo está dormido? —pregunta Don Memo sin saber mucho del léxico de los médicos.

—Algo así, pero no por el momento. Al menos esperemos de uno a dos días para ver si da signos de despertar. ¿siguen sin saber nada de la familia? —afirma el médico.

—No, el teléfono que encontramos no tiene un chip y quedó totalmente destruido. Así que no. Solo tenemos su nombre, pero tú sabes que aquí no hay red. Tendríamos que ir al otro pueblo a buscar datos de él en internet, a ver si de casualidad encontramos algo.

—Ok. Y otra cosa. ¿los gastos? ¿Quién se hará cargo? Podemos esperar a que se encuentre a un familiar para que se haga cargo de los honorarios —pregunta el doctor y sugiere a la vez pues conoce de la situación de la familia.

—En lo que eso pasa yo puedo pagarlos. Ya veremos que sucede cuando despierte. —informa Don Memo.

Sus hijos Zil y Fer se ven uno al otro. Saben que si la decisión está tomada ya no hay más nada que hacer.

—Como digas Memo. Pero igual podemos esperar, unos días no harán la diferencia.

—Lo sé. Pero ya te debo mucho. No quiero deberte la vida de alguien más también —dice Don Memo con agradecimiento recordando aquella vez en la que también les ayudó.

Años atrás Eduardo Vega le salvó la vida a su hija Zil. El junto a Doña Tita, madre de Don Memo, cuidaron de ella en la pequeña clínica hasta que sanó completamente.

—No me debes nada. Te lo he dicho cientos de veces. Pero como eres un cabeza dura. Te dejaré ser. Tengo que irme. Quiero ver al paciente una vez más antes de ir a cenar. —les informa Eduardo.

—Es cierto. Y nosotros que no hemos comido nada. —dice Fer.

—Oye Lalo. ¿es necesario que alguien se quede con el joven? —pregunta Don Memo a su amigo de toda la vida.

—Sí, lo olvidaba. Es indispensable por si despierta. Pónganse de acuerdo y le avisan a Margarita. Ella se quedará aquí de guardia. Nos vemos —dice esto y se va por la misma puerta donde minutos atrás había salido.

—Adiós —dicen los tres García.

—Yo me quedaré. Ustedes ya estuvieron aquí todo el día. Es hora de que vayan a descansar. Mañana puede venir uno de los dos a medio día. Mandaré recado al trabajo. —Les anuncia Zil a su padre y hermano.

—No hija, debes ir a casa a descansar —suenan más a petición que a sugerencia la voz de Don Memo.

—Está bien papá, no importa, el hombre está dormido y yo puedo acostarme en la camilla de un lado. Mira —dice señalando la cama vacía por un lado de Andrés— no hay nadie. Puedo hacerlo.

—¿Estas segura Zil? —cuestiona Fer.

—Sí, ustedes ya estuvieron aquí todo el día. Necesitan comer y darse un baño. Apestan a sangre —dice mientras hace cara de asco.

Pero lo hace de una forma graciosa que a su padre y hermano les causa risa.

—Está bien Zil, pero antes debes comer. —le advierte su padre.

—No papá así está bien. No tengo nada de hambre.

Zil le resta importancia ya que sabe que no tienen mucho dinero para sobrevivir la semana y el hecho de que su padre quiera pagar la estadía del joven en la clínica solo hace que la carga económica sobre ellos sea más pesada. Así que se niega a gastar un peso más en una comida.

—Anda Zil —jala Fer a su hermana hasta abrazarla por el cuello y le jala un cachete— estos cachetes necesitan más comida. Estas re flaca. —dice burlón.

Zil pone los ojos en blanco y le da un golpe de puño en el brazo instándolo a dejarla en paz.

—Ya, ya, niños. Vengan mejor, yo también tengo hambre. Seguro tita ha de estar ocupada y tu madre también. Vamos —Señala con la cabeza la

salida de la clínica—. Doña Rosa ya se puso en la esquina de enfrente con los tamales. Yo pago.

El par de hermanos que hasta el momento seguían molestándose sonrieron con entusiasmo ante la propuesta de su padre. Abrazados caminaron detrás de él hasta salir y llegar al puesto de tamales.

Zil, que no dejaba de preocuparse solo pide uno de elote con rajitas, por ser de los más baratos, pero Don Memo y Fer piden dos cada uno de carne y acelgas. No por que fueran más baratos si no porque sabían con certeza que la vida es un tobogán, a veces vas tan deprisa que no reparas en disfrutar del momento; así que ellos si lo hacían, en eso se parecían padre e hijo. Mientras Zil reparaba en todas las necesidades ellos se dispusieron a disfrutar lo que la vida les daba en ese momento y eso era un par de tamales.

Después de compartir juntos aquellos alimentos Don Memo y Fernando se despiden de Zil para ir a descansar. Una larga jornada tuvieron y ahora era tiempo de ir a ver al resto del clan García.

## Capítulo 7

### Capítulo 5

La familia García había acogido y cuidado de Andrés, su estado seguía inconsciente pero constante y según los doctores solo quedaba esperar, ya en el hospital habían hecho los procedimientos necesarios para restablecerlo lo mejor posible.

Afortunadamente Don Memo y su hija Yatzil a la que todos decían Zil de cariño, siendo del mismo tipo sanguíneo que Andrés pudieron donar sangre para que su recuperación fuera más rápida. El teléfono móvil de Andrés había quedado completamente destruido. Y era uno que no tenía un chip por lo que no pudieron recuperar algún contacto. Fer estaba de vacaciones en su pueblo y no regresaría a la ciudad hasta pasando año nuevo, por lo que eso impedía de alguna manera que pudieran buscar datos de Andrés en el internet.

Ellos vivían en un pueblo tan alejado de la «civilización» como decían los ciudadanos sobre ellos para burlarse, que no había señal alguna de internet, salvo en la escuela, que por vacaciones estaba cerrada y sin luz.

La vida parecía que le jugaba una mala broma a Andrés, cuando en realidad estaba haciendo esto con un propósito.

Dos días pasaron desde el accidente cuando Andrés dio señales de despertar. Había perdido tanta sangre que le causó un estado comatoso, pero desde un día atrás había tenido lapsos en los que despertaba.

Un terrible accidente cerca del pueblo que involucró un autobús de turistas y un auto familiar, dejó varios heridos de gravedad; por la distancia donde se encontraban y debido a sus heridas muchos de ellos tuvieron que ser trasladados a la clínica donde estuvo él joven, y ya que había poco espacio al doctor Eduardo no le quedó de otra más que trasladar con sumo cuidado a Andrés a la casa de los García para poder recibir a los nuevos pacientes.

Cuando por fin despierta, Andrés siente un terrible dolor de cabeza y de pecho; doliéndole el brazo aún más que todo el resto del cuerpo. Con la vista un poco nublada vio alguna luz que iba y venía a través de una ventana traslucida en la pared de detrás de él. Apenas si recuerda algo del accidente y tampoco es que intente hacerlo ya que se siente desorientado, perdido y confundido. No dura mucho, al cabo de unos segundos vuelve a caer en un profundo sueño, dejando atrás todo lo que llegaron a ver sus ojos.

—Mauro Andrés De Rosa Vítale. —Lee en voz alta Zil en la identificación de Andrés— es un bonito nombre. ¿Verdad Tita? —Pregunta a su nana.

—Sí cariño. Es un hermoso nombre y también un hermoso hombre.... ¿Verdad? —responde Tita atacando con otra pregunta con curiosidad.

Ante el comentario, Zil no puede evitar sentir un poco de pena ajena por su abuela, ya que pensar que la anciana puede considerar aun a un hombre apuesto o no, la hace cuestionarse en si ella lo considera también así, al menos a Andrés.

—Tienes razón Tita, es guapo, pero no tanto como otros —se miente a sí misma.

—Si tú lo dices... —responde Tita y se va de ahí a seguir con sus tejidos.

Zil al encontrarse sola pone más detalle en observar las facciones de Andrés, su nariz recta, sus labios carnosos, pero sin exagerar, el delineado de sus cejas y sobre todo unos pequeños lunares que comenzaban en el mentón y terminaban en el cuello.

Algo peculiar había en aquel hombre, sí, era atractivo, pero también era enigmático, el tipo de hombre que dice mucho en ninguna palabra. Había tenido la oportunidad de cuidar de él en el hospital, pero con el ir y venir de las enfermeras no le había puesto atención a detalle hasta ahora que se encontraba en la comodidad y seguridad de su casa.

Zil toma asiento en la vieja silla de su abuela y comienza a mecerse mientras dibuja en su memoria las facciones de ese bello hombre. «Quizás pueda dibujarlo después» Piensa ella.

Al cabo de unas horas más Andrés se despierta por completo. Está confundido. No sabe dónde se encuentra y tampoco sabe quién es esa chica que está dormida frente a él en una vieja mecedora.

Tiene sed. Le duele todo el cuerpo y se siente algo nervioso. Como puede se sienta en la cama y se da cuenta que es una cama cómoda, pero algo muy vieja. Observa su alrededor, hay una pequeña hornilla al fondo del cuarto, que al parecer funciona como chimenea, las paredes son de ladrillo y el techo... el techo es de un tipo de lámina negra, madera y algunas partes de hielo seco y cartón.

Intenta ponerse de pie y salir de ese lugar lo más pronto que pueda. Fija su vista en una ventana que esta por su lado izquierdo y solo ve pinos y nieve, entonces se pregunta «¿dónde diablos estoy?».

Zil, al oír los rechinos de la cama se ha despertado, observa al huésped con ojos entrecerrados para no asustarle. Pero al ver su cara de pánico

decide que lo mejor es presentarse y explicarle la situación.

—Hola. —saluda en un murmullo.

—Hola —responde confundido.

—Soy Zil, mucho gusto. —saluda ella con esa tierna voz que le caracteriza mientras se levanta de la mecedora y camina hacia la cama.

Andrés la observa detenidamente mientras ella se va acercando, no es el tipo de mujer que él suele buscar como cita pero se da cuenta que a su manera ella es una mujer muy bella.

—Zil... ¿Dónde estoy, ¿qué me pasó? —pregunta Andrés cada vez más confundido viéndola avanzar hasta donde está él.

—Eres Andrés, por si lo olvidaste —menciona Zil mientras le pasa la cartera que estaba en la mesa. Se acerca tranquila y se sienta en la orilla de la cama.

—Sí, sé que soy Andrés, pero no sé qué mierdas hago aquí y tampoco porque me duele tanto el cuerpo. —dice muy altivo mientras mira con desprecio a su alrededor.

Zil algo decepcionada por la actitud de este huésped. Decide darle la versión cruda y resumida.

—Bueno Andrés, te diré, que, si no fuera porque manejabas algo ebrio, "según los médicos"—hace las comillas en el aire—, no estuvieras aquí. Hasta el momento nadie te ha procurado y por lo que sé, le debes la vida a mi padre y mi hermano. Que si no fuera por ellos tu no estarías aquí y mucho menos estarías vivo. Así que sé agradecido y compórtate. Deja de ser tan petulante —asiente con seguridad Zil mientras se levanta de la cama y se marcha del cuarto.

Andrés se queda sorprendido de la ferocidad de esa pequeña mujer. Nunca pensó que con tal tamaño y una voz dulce podría ponerle en su lugar. La mención del padre y hermano de la chica le hacen recordar algunas cosas que parecían más un sueño que algo real.

Nieve, una barranca, sangre goteando, un señor mayor y un muchacho en sus veintes sacándolo del coche en el que se accidentó.

Decide levantarse e ir en búsqueda de la joven. Necesita respuestas.



## Capítulo 8

### Capítulo 6

Trata de levantarse de la cama como si nada puesto que aún no sabe el recuento de los daños, teniendo que averiguarla a la mala. Un dolor en el tobillo y en el pecho hacen que pierda el equilibrio cuando trata de apoyarse en este. No teniendo con que sostener la caída cae a dar al suelo sin ningún reparo. El suelo era de tierra. Algo fría y helada. Pero dada la situación no se podía quejar más.

Gritó de dolor. Fue un grito tan fuerte que se oyó en el cuarto de al lado. La abuela que estaba en el horno por un costado de ese cuarto fue la primera en llegar.

—Muchacho, pero ¿qué has hecho? —amonesta la abuela mientras lo sujeta del brazo para ayudarlo a levantar.

—Me caí. —responde Andrés algo lloroso.

—Lo sé, eso es obvio. Pero la pregunta es que le hiciste a mi nieta. Salió echa la furia de aquí y ella no es una mujer que se enoje fácil.

La abuela con cuidado ayudaba a Andrés a recostarse en la cama. Este se dejaba ayudar por una señora mayor completamente desconocida y que le trataba con una familiaridad con la que nadie lo había tratado.

— ¿Y cómo sabe que fui yo quien le hizo algo? Tal vez fue ella la que se enojó sin motivo alguno. —le responde orgulloso, no queriendo asimilar su error.

La abuela que con su ya conocida y adquirida sabiduría de los años observa a los ojos a Andrés, tratando de descifrarlo.

— ¿Qué piensa? —inquire Andrés.

— ¿Tengo que pensar acaso algo?, ya es claro por qué el enojo "sin motivo" de Zil. —responde la abuela.

—Lo digo porque tiene la misma mirada que ella hizo hace rato antes de salir echa la furia como dice usted. Entrecierran los ojos.

—Una cuestión de familia supongo. ¿Cómo te sientes? —pregunta Tita

—Mal. No sé dónde estoy, no sé qué hago aquí y me duele todo. —dice ya

resignado.

—Supongo que Zil no alcanzó a responder ninguna de tus preguntas, pero ya llegará y ella podrá hacerlo. —Tita se levanta y se limpia las manos aun llenas de ceniza en el delantal de la falda.

—No por favor. Quiero saber que pasó. ¿podría usted ayudarme?  
—pregunta un ya rendido joven.

—Si lo pides por favor, claro que puedo.

—Por favor, ¿podría ayudarme? —dice Andrés sin tener ningún otro remedio.

—Hace cuatro días te volcaste en la carretera a Durango, mi hijo

—Espere, ¿hace cuatro días? —indaga asustado.

—Bueno, ya casi cuatro. Te decía, mi hijo y nieto te encontraron y te llevaron al hospital más cercano, ahí estuviste en un estado de coma como por un día y cacho. Al dar signos de querer despertar y debido a que es un lugar muy pequeño y con falta de presupuesto te trajimos a casa. Y desde entonces te hemos cuidado.

—Gracias eso es muy amable, pero ¿y mi familia, ya se comunicaron?  
¿Qué dijeron?

—Bueno, tu cacharro está descompuesto —dice la abuela Tita mientras saca el celular del cajón del ropero y se lo entrega— y pues te buscamos en la cartera, pero no encontramos nada, salvo tarjetas de crédito y tus identificaciones. —la cara de sorpresa de Andrés al saber que podrían haberle robado sus cosas le causa risa a Tita— tranquilo tus plásticos bancarios están ahí. Somos una familia decente y ni, aunque estemos a punto de morir de hambre podríamos robarte —dice Tita, mientras se levanta.

—Espere, no se vaya. ¿qué me hicieron en el hospital?, ¿qué dijeron los doctores? —dice algo consternado al sentir el dolor en el tórax

—Bueno chico, te estabas desangrando, te quebraste un pie, te lastimaste las costillas y tuviste una contusión en la cabezota. desgraciadamente estamos alejados de la mano de Dios y el hospital es más bien una pequeña clínica. Pero no te preocupes, todo estaba limpio —Andrés abre los ojos al oír a la abuela, y se preocupa por contraer alguna infección o algo peor— tranquilo Andrés, no te vas a contagiar de ninguna enfermedad o infección. El médico del pueblo supo curar muy bien tus heridas y las transfusiones fueron un éxito. Eso dijo él. Al menos tu cuerpo no rechazó la sangre de Zil y Memo —termina el aviso y sale del

lugar.

Andrés no dijo ya más nada y se recuesta en la cama. Se da cuenta lo altanero que fue con la chica y también comprende un poco más su molestia. Es cierto les debía su vida a unos desconocidos. Minutos más tarde entra de nuevo Tita y le informa los medicamentos que debe tomar. Este sin ningún reproche más, ya sea por cansancio o ya rendido del dolor se los toma.

Tita sale de aquel cuarto, sabe que Zil actuó de una forma arrebatada. Andrés es un hombre muy seguro para hablar, pero es su posición social la que habla por él. Seguro no conoce la humildad y mucho menos la pobreza. Es entendible que se sienta mal estar en las condiciones en la que está, pero también, ellos ya más nada pueden hacer por él.

## Capítulo 9

### Capítulo 7

La señora García, madre de Zil y esposa de Don Memo, estaba en desacuerdo con que Andrés se quedara en su casa. Solo contaban con dos cuartos y él estaba en el cuarto principal. Además, no podían permitirse mantenerlo. La venta de su producto casero estaba casi en la ruina. Productos de la ciudad habían llegado hasta donde ellos y vendían a precios de mayoreo. Cada vez más eran los negocios que dejaban de comprar sus productos.

El pago del hospital y la cirugía ambulatoria, habían sido pagados por ellos. Don Memo y Doña Tita se habían opuesto rotundamente a tomar el dinero de la cartera del joven. El dinero con el que pagaron era el que habían ahorrado todo el año para comprar un pequeño becerro y así comenzar a meter productos de vaca. La familia García pensaba que tal vez así, quizá todo mejoraría.

Pero una vez más la honradez y los buenos valores no eran recompensados por la vida. Se quedaron sin capital, sin cena para año nuevo y los pocos productos que les quedaban de la venta se los estaban terminando en el consumo personal.

Zil, trabaja en una pequeña granja de camarón cerca de la ciudad. Salía a las cuatro de la mañana de su casa y regresaba a las siete de la tarde, para atender a su pequeña hija de cinco años y ayudarle a su abuela a hacer el chorizo. Y así terminaba sus labores cada día a las once de la noche ya muy cansada.

Por su parte Fer al ver la crisis económica de su familia, decidió irse a la capital. A trabajar en lo que pudiera. Entró a trabajar a una bodega de muebles, pero la paga, apenas era la suficiente para pagar su estadía en la ciudad. Pero aun así con aquella esperanza enviaba lo que podía a su padre para la semana.

Nadie mejor que la familia García sabía lo que era trabajar y salir delante de todo problema. Zil tan solo a sus dieciséis años había sido violada por unos soldados del cuartel. Nueve meses después se convirtió en madre de la pequeña Zoé desde entonces la familia se volvió más unida y cuidadosa con las miembros femeninas. Se dieron cuenta que ante el gobierno corrupto un pobre solo es una mierda en su zapato y contra todo pronóstico negativo, depresivo y social han salido adelante como lo que son, una hermosa familia.

Pero para Lupita García, Andrés representaba una parte de todo aquello malo que una vez les sucedió. Mas, aun así, con su predisposición a

desconfiar de la alta clase social, confiaba en su esposo y si este decía que no había nada que temer, ella le creería. Al menos un setenta por ciento. El otro treinta por ciento desconfiaba, por las dudas.

Andrés había quedado profundamente dormido. Ya pasaba media noche cuando uno de sus ya conocidos terrores nocturnos los despertó. Se encontró mirando el techo de aquella vieja habitación iluminada una vez más por una decena de velas. Pudo darse cuenta de que en la vieja mecedora había un chal ya viejo y descolorido.

Y que, por un lado, de él en una pequeña mesa, se encontraban las medicinas que unas horas antes Tita le había dejado además de un plato de comida. Ya frío.

—Lo que faltaba, comida fría —dijo en voz alta.

—Si quieres la caliente. —dijo una voz que salía detrás de una cortina en la esquina del cuarto.

No había caído en cuenta de ella. Quizás era un pequeño armario o baño. Pensó.

—Era broma. Pensé que estaba solo. —dijo con vergüenza al hallarse descubierto por Zil.

—Pues, aunque fuera broma sería imposible, como ya te diste cuenta no tenemos luz eléctrica, al menos en este cuarto. Y salir al patio a encender la hornilla, equivale a morir congelado. Así que no. Es imposible que comas tu comida caliente. —responde Zil a la defensiva.

—Está bien, no es para que te enojés ¿sabes, puedes dejar de ser tan presuntuosa? No estoy de humor —la vuelve a retar.

Nadie le había dicho alguna vez presuntuosa a Zil, eso la hizo pensar por un momento si su actitud era la correcta.

—Está bien. Disculpa mi actitud. Pero es cierto que no puedo calentarla. Al menos hasta que amanezca. —mira el reloj de pulso que trae en su muñeca y se da cuenta que tan solo quedan unos treinta minutos para que se levante para ir a trabajar— lo que para eso falta como dos horas más o menos.

—No te preocupes. Yo entiendo. Disculpa tú también mi actitud defensiva. Aun me pregunto de todo lo que ha pasado un poco. —dice mientras se reacomoda en la cama.

—Comprendo. Me imagino que es difícil para alguien como tú estar en

lugar como este —dice Zil con algo de pena.

—Créeme que eso es lo de menos. Me preocupan otras cosas. —dice pensando en el contrato grande que perdió por accidentarse.

—Comprendo —contesta de una forma vaga Zil, sin entender realmente las preocupaciones de Andrés.

—No creo que comprendas, ¿Cómo podrías? —dice de forma sarcástica refiriéndose a la condición social de Zil— ¿de que debes preocuparte? ¿de morir congelada por calentar una simple comida?

Andrés se da cuenta que ha sido grosero. Mucho muy grosero, pero se justifica así mismo por la apariencia de Zil. No sabe nada de ella y aun así se atreve a decir que no tiene nada que preocuparse.

— ¿A caso crees que lo peor que me puede pasar para preocuparme es morir congelada? Que equivocado estas Andrés De Rosa. Muy equivocado. —La voz de Zil se quiebra al recordar aquella noche en la que por ir a buscar leña unos soldados aprovechándose de que estaba sola abusaron de ella.

—Ok, ok. Tienes razón. Tal vez estoy equivocado. Pero no digas que me comprendes cuando no conoces nada de mi vida. —dice Andrés elevando un poco la voz.

—Cierto. No te conozco y aun así yo y mi familia hemos estado cuidando de ti. Pagando todo para que te recuperes. Donando nuestra sangre por ti. Un completo desconocido. No digas que no tengo nada de qué preocuparme, cuando tengo a mi anciana abuela durmiendo en un viejo catre en el otro cuarto que tenemos a un lado de mi hija. No digas que no tengo de que preocuparme cuando hemos gastado hasta el último peso que teníamos por ti. Por trasladar el cacharro de carro que tienes. Por buscar a tu familia. Y por último no digas que no tengo nada de qué preocuparme cuando he estado aquí haciendo vela desde el día del accidente, cuidando de un desconocido. No digas que no tengo de que preocuparme. Cuando no conoces mi vida Andrés de Rosa. No sabes nada. —Zil terminó de decir aquello con lágrimas en los ojos y salió de aquel lugar con el corazón hecho pedazos.

Cada palabra que salía de la boca de Zil iba rebosante de dolor. Ciertamente era que la actitud pedante de él se parecía mucho a la de los montones de políticos a los que acudieron en búsqueda de justicia. Este apuesto joven, le había juzgado por su condición, por su apariencia y por ser mujer.



## Capítulo 10

### Capítulo 8

Andrés se quedó mirando el lugar vacío en el que Zil había estado parada segundos antes. No tuvo tiempo si quiera para formular una respuesta rápida. Pero tenía razón. Él no la conocía tal como ella a él había sido hipócrita de su parte reclamarle algo que el mismo vivía.

Se levantó como pudo, esta vez estando más consciente de su pie fracturado. Y se apoyó en la pequeña mesa. Así se fue agarrando de las cosas firmes que encontraba hasta que llegó a la ventana. Levantó la pequeña cobija que servía como cortina y alcanzó a divisar a Zil que recorría un pequeño camino por detrás de la casa.

Había muchos pinos a su alrededor. El cielo aún era oscuro y las estrellas en el brillaban con tremendo resplandor que iluminaban el camino por el cual Zil andaba. Andrés se preguntó hacia donde iba, cuando la perdió entre las sombras. En la ausencia de su figura aprovechó para observar con más detenimiento el derredor.

Podía ver una especie de corral, en ella unos tres puercos aun pequeños y dos perros. Estos tenían una pequeña techumbre algo caída y una cerca vieja sostenida apenas ya con unos palos secos y alambres.

Junto a esta pudo ver la hornilla, estaba hecha de adobe y junto a ella un pequeño horno rustico. Nunca en su vida pensó que vería uno de esos. Para él esas cosas ya no existían y eran parte del tercer mundo.

Se le hizo un nudo en la garganta al darse cuenta de que ahora él estaba en ese submundo y no sabía hasta cuándo. Pensaba en cómo salir de ahí lo más rápido posible si bien le dijeron, ya era veintinueve de diciembre. El día treinta tenía el vuelo a España a las doce del día. Si salía en el trascurso del día de hoy, llegaría con tiempo suficiente para abordar aquel avión.

Sus pertenencias eran lo de menos. Podría comprarse otras. Tendría que mandar a alguien a ver lo que quedó del coche y enviar un cheque a esta familia por sus servicios.

Sus servicios... esa palabra estaba resonando en su mente. De pronto vio a Zil que venía de vuelta por aquel camino, cargaba en su lomo un palo atravesado y en cada orilla unas cubetas.

¿Cubetas? Se preguntó Andrés.

Zil sentía que los pulmones se le quemaban por el frío y la nariz la sentía congelada al igual que sus manos. La nieve trasminaba por sus viejos zapatos. Pero Andrés no sabía eso. Él pensaba en la fuerza de aquella mujer al cargar esas cubetas.

Zil llegó hasta donde estaban los cerdos a verter la mitad de una cubeta de agua al bebedero de sus animales. El resto lo puso junto a la hornilla donde su Tita lo iba a necesitar para cocinar en la mañana. Tomó junto a esta un pequeño morral que su madre le había tejido años antes y sacó sus guantes.

Andrés se preguntaba que tanto hacia Zil y por qué tan temprano. Entonces la vio caminando de nuevo hacia donde él estaba, a ese cuarto viejo. Con el temor de verse descubierto al espiarla se apuró en regresar en su sitio llevándose un golpe en el dedo chiquito. Lo que provocó que este cayera sin reparos en la cama. Un dolor agudo le atravesó el pecho y grito de dolor. Aun no sabía qué diablos le había pasado y por qué le dolía mucho incluso respirar.

—Andrés, ¿Qué paso? ¿Cómo te sientes? —dice Zil que al oír el grito salió corriendo al cuarto.

—Nada, nada. No ha pasado nada. —respondió entre quejidos de dolor.

—Si nada es caer de boca sobre la cama y lastimarte la herida de las costillas. Creo que nada ahora tiene un nuevo significado. —le contesta Zil mientras lo ayuda a acomodarse.

Andrés aún con el dolor punzante en el pie y el pecho se deja ayudar. No tiene remedio. Se siente impotente no poder hacerlo por el mismo. Estar confinado a aquella cama y sentir todo ese dolor e incertidumbre.

—Tranquilo Andrés, todo se va a solucionar. Fer fue a la ciudad ayer a buscar algún dato tuyo. Fue antes de que despertaras. Seguro contacta a alguien, sé que ese Facebook ayuda a encontrar personas. —dice Zil tratando de darle ánimos a un angustiado hombre.

Con sumo cuidado lo cobijó y le pasó la almohada debajo de la cobija. Al acercarse Andrés pudo oler a Zil. Tenía un olor distinto. Olía a bosque, flor silvestre y madera. Pero no de la manera masculina que se podría pensar, si no una más sutil. Más femenina.

—¿Puedo revisar tu herida? Quiero comprobar que no se abriera —pide permiso Zil mientras se sienta en la orilla de la cama.

—Está bien. Me duele así que ten cuidado. —dice Andrés y añade— por

favor.

—Lo tendré.

Le descubre apenas lo suficiente las cobijas y le desabotona la camisa. Andrés observa la delicadeza y parsimonia de Zil en cada movimiento. Desde que la vio sintió una cierta atracción hacia la peculiaridad de esta mujer. La forma sin filtros de decir las cosas, el color canela de su piel adornada de cientos de pecas por su rostro. Y sus ojos, ojos color cielo. Color amanecer de primavera.

Zil estaba un poco temblorosa pues Andrés era el primer hombre que realmente le ponía nerviosa, no solo por su belleza sino también por su intelecto. Era un hombre que su sola presencia imponía. Pero igual tenía temor y cierto grado de desconfianza. Eso no cambiaría con nada.

—La herida está bien. Está cerrada. Las suturas siguen en su sitio. —le hace conocer mientras saca el pequeño botiquín que compraron para hacerle la limpieza a Andrés— te colocaré gasas y vendas limpias. Pero tendrá que ser rápido, ya casi me voy.

Termina diciendo esto mientras mira el reloj, ya faltan diez minutos para que el bus del trabajo pase por el camino principal y todavía llegar a él hace otros diez. Quizá tenga que pedir un raite.

Termina diciendo esto mientras mira el reloj, ya faltan diez minutos para que el bus del trabajo pase por el camino principal y todavía llegar a él hace otros diez. Quizá tenga que pedir un raite.

Andrés extrañado, asiente.

—Bueno, necesito que me ayudes a sentarte. ¿Está bien? Recarga tu peso en mí. —sugiere con nerviosismo.

—Está bien.

Zil se acerca Andrés y pasa su brazo derecho por debajo de sus hombros. Andrés toma el brazo izquierdo de Zil y apoya la fuerza en él. Cierto que sin las vendas el dolor es más punzante. Sin contratiempos se sienta y Zil se mueve para comenzar a vendarlo de nuevo.

—Eres fuerte —suelta de sopetón Andrés.

—Hum, Gracias. —responde una confusa Zil.

—Perdón, es que te he visto hace un momento cargando aquellas cubetas

llenas de agua. —confiesa Andrés

—Lo sé, el reflejo por la luz de las pocas velas aún se ve desde afuera. Mas con la cobija abierta —dice Zil refiriéndose a la cortina.

—Cierto no lo pensé. —se ríe por ser tan obvio. Pero un dolor le vuelve a atravesar la herida y hace gesto de dolor.

—Cuidado —por instinto Zil coloca la mano en la mejilla de Andrés y sus miradas conectan.

Andrés siente un revolotear en su estómago y en su corazón. Zil siente algo que nunca había sentido y tiene temor por ello. Tomando conciencia de la situación, Zil retira la mano y termina el vendaje lo más rápido que puede. Al finalizar lo ayuda a acostarse. Andrés se da cuenta que ella tiene algo de prisa. Quizá la asustó. Dijo que tenía una hija, quizá es casada. Tiene entendido que en los pueblos las mujeres se casan jóvenes.

Zil sale del cuarto sin despedirse. Algo ha cambiado, se siente alterada y con un nuevo palpitar en su corazón se dirige hacia la carretera a su trabajo. Ella ha estado cuidando de él durante todos estos días. Lo ha visto y observado. Le ha curado sin que se de cuenta, sabía reconocer un hombre guapo cuando lo veía, pero Andrés sobrepasaba a cualquier otro que hubiera conocido antes.

Su sola presencia le afectaba y ahora que podía interactuar con él un pequeño destello de esperanza e ilusión se abrigó en su interior. Quizás, se podrían enamorar, pero solo era eso, un quizás que tal vez nunca tuviera ni principio ni final.

# Capítulo 11

## Capítulo 9

En la mañana el señor Memo regresa junto con Fer de la ciudad. Visitan a Andrés que yacía dormido después de desvelarse en la madrugada.

—Hola Andrés, ¿Cómo te sientes? —inquire Don Memo— disculpa, soy Guillermo García, este es mi hijo Fer. Nosotros te encontramos en la orilla de la carretera por un barranco.

—Muchas gracias, le debo mi vida a usted y su familia. Créame que le pagaré hasta el último centavo. Se lo prometo —dice Andrés agradecido con su salvador.

—No, no para nada muchacho. Eso lo hicimos de corazón. —responde Don Memo.

—Así es, no es necesario. —reafirma Fernando— además alégrate, pudimos contactar uno de tus familiares y vienen en camino acá por ti. No han de tardar en llegar. Desde ayer les avisamos.

— ¿En serio? ¡Eso es grandioso! —su voz fue efusiva, una alegría le invadió de repente. Pronto podría salir de aquel lugar y continuar con sus planes y su vida.

—Así es. Nos alegra saber que ya estas más alegre. Mi madre me informó que ayer estuviste algo decaído o molesto. Disculpa la actitud de Zil. Su vida no ha sido fácil y ante cualquier hombre siempre está a la defensiva. Pero tiene un corazón muy noble.

—Padre debemos traer las cosas del señor —interrumpe Fer al ver la mirada inquisitiva de Andrés ante el comentario de su papá.

—Cierto. Volvemos en una hora Andrés, vamos al pueblo por tus cosas. Se quedaron en la clínica. Y está largo el camino. —anuncia Don Memo mientras se dirige a la salida con Fer.

—Gracias —dice Andrés antes de que este último salga por la puerta.

—De nada —asiente Fer con la cabeza y sale por la puerta.

Andrés está feliz porque su familia ya viene por él. De pronto se siente agradecido con el mundo, la vida, el destino. Con todos.

—Hola Andrés, mucho gusto, soy Lupita. —anuncia la señora García al

entrar a la habitación junto con Tita.

—Mucho gusto señora —dice Andrés con respeto.

—Hola cascarrabias —dice Tita con familiaridad mientras le entrega un plato con comida— aquí el desayuno. Veo que no cenaste. ¿estaba malo?  
—le interroga Tita.

—Tita, no le diga así al muchacho, va a pensar mal —dice con pena Lupita a su suegra.

—No hay problema, viniendo de Tita, eso suena a cariño —interrumpe la amonestación de Lupita y luego toma una cucharada del desayuno— Wow. Esto está riquísimo. Muchas gracias.

—De nada. Yo lo hice —responde Tita feliz porque halagaran su desayuno.

—Mmm, debería ser Chef. Tenía años que no probaba unos huevos rancheros y machaca tan buena.

—Nos da gusto que le agrade tanto el desayuno. —dice Lupita hablando por las dos.

—El gusto es mío, en serio. Tenía hambre. Anoche no cene por que estuviera malo, me quede demasiado dormido y desperté en la madrugada y ya estaba muy helado —dice sincero.

—Cierto, solo las tortillas de harina hasta frías son buenas. —se ríe Tita mientras examina los frascos con los ojos apenas entrecerrados.

—Yo los reviso suegra. No se lastime más la vista —anuncia Lupita mientras se acerca a los frascos y los lee.

—Toma Andrés, esta te toca en unos quince minutos. —dice mientras le entrega el frasco.

Pero Andrés no ha dejado de comer ni de soltar la cuchara. A la abuela le parece curiosa la forma en que come. Como un niño desesperado.

—Tranquilo, tienes tiempo antes de que vengan por ti —le calma Tita.

—Bueno, Andrés. Ya que termines de comer nos echas un grito. Debemos cambiarte el vendaje antes de que te vayas. —dice Lupita.

Andrés hace un ademán de que esperen tiene la boca llena de machaca y

Tita se ríe de él.

—Perdón. Me estaba ahogando

— ¡El café! Ya vuelvo con el —dice Lupita y se dirige a afuera.

Tita mientras se acomoda en la mecedora y observa el lugar. Ese es el lugar donde ella duerme con Zil y su nieta Zoé. Entre las tres se dan calor en las noches de invierno y los días de nieve.

Es extraño ver a un hombre ahí. Y más uno de la posición social de Andrés. Siendo uno más de la familia. Eso pensaba Tita.

—Listo, está caliente pero no tanto como para quemarte —anuncia Lupita mientras le entrega la taza de barro a Andrés.

Este le da un pequeño sorbo y se deleita del sabor.

—Es de olla, café de olla. Tita lo hace —hace conocer la matriarca.

—Está delicioso. Podría hacer negocio con esto, es demasiado exquisito.  
—dice Andrés mientras da otro sorbo— Lo que les quería decir es que no hay necesidad de cambiar las vendas. Zil lo hizo en la madrugada, claro. Antes de volver a salir despavorida del lugar.

Tita y Lupita se ven una a la otra asombradas por el descubrimiento. Nunca creyeron que Zil se atreviera a hacer tal cosa. Que, aunque para muchos es nada, para ella es un gran paso.

—Ah, Mira. Pues que bueno. Entonces. Nos retiramos. —dice Lupita algo confundida por aquello y junto con Tita se dirigen a la puerta de madera.

¿Habrá pasado algo? ¿le habrán hecho algo a Zil? Se pregunta.

Andrés no es tonto. Sabe que algo oculta esta familia. Es lógico la protección que tienen hacia Zil. Y hasta el momento no conoce a la dichosa hija de esa. Quizá si está casada y el marido no está con ella. O capaz y es un sicario y ellos temen que le haga algo a ella o a él.

O quizás no. Quizás sea algo más.

## Capítulo 12

### Capítulo 10

Andrés decide no quedarse con la duda y decide indagar más.

—Tita, disculpe. ¿puedo hablar con usted? —cuestiona Andrés.

—Sí —responde Tita mientras se regresa hacia la mecedora. —dime.

— ¿Qué pasa con Zil? ¿Por qué tanto misterio?

—Ah mira, no eres tonto —se burla Tita.

—No, no lo soy. Ella siempre está a la defensiva conmigo. Y ustedes tienen cierto comportamiento extraño para con ella. No hay de qué preocuparse, yo ya me voy. Así el marido no le dirá nada. —concluye con aquella idea loca.

— ¿Marido? ¿marido de quién? —dice Tita.

—El marido de Zil. Se que temen que el tipo se pueda poner celoso por mi estadía aquí. Se que ella tiene una hija porque lo comentó. Pero a él no lo he visto, supongo que no está por el momento.

—Creo muchacho que después de todo si eres tonto. —responde Tita muy seria.

Andrés se siente ofendido y arruga el entrecejo.

— ¿Disculpe?

—Veras Andrés. Las cosas no siempre son lo que parecen. Que vivamos en esta condición no significa que seamos completamente ignorantes. Y tampoco que vivamos en la edad de la prehistoria. Aquí el machismo no entra. Pero. Si te equivocas en esa conclusión. Sin embargo, no sé por qué motivo tengo que aclararte esas ideas que te cargas. ¿tengo un buen motivo acaso?

—No señora, es cierto. No hay motivo alguno para que usted me aclare nada. Soy un completo desconocido al que ustedes se tomaron la libertad de acoger y ayudar. De ahí en fuera, yo se les agradezco de todo corazón y como ya le dije al señor Guillermo, les retribuiré con creces lo que han hecho por mí. —dice muy sincero.

Tita saborea la sinceridad de aquellas palabras, pero sabe que su familia

no recibirá tal compensación.

—No tienes que retribuir nada. Los buenos gestos y valores no tienen precio. Se hacen sin esperar a recibir nada y si se espera recibir algo entonces pierde su valor.

—Tiene razón Tita, pero, aun así, deseo ayudarles. Y entonces si no se dejan, sería egoísta de su parte. Eso le restaría valor a todo lo que de corazón han hecho.

—Touché. —se ríe Tita.

Andrés observa a esa anciana, de cabellera blanca con una trenza larga hasta las rodillas. Falda de colores, piel tostada, ojos color cielo y perfectas arrugas en sus ojos y sonrisa. Tal vez burlarse de él la haga feliz, y añadir felicidad a esa pequeña anciana de alguna forma lo hace sentirse bien.

—Volviendo a lo de Zil. Se que no tiene una razón para decirme nada. Pero usted y yo sabemos que lo que pasó en estos días no es algo que se olvide fácilmente. Ni por mí, ni por ustedes. Además... —añade apartando la mirada— Zil es una chica interesante y me preocupa su bienestar.

—Ya entendí... Si te cuento, ¿Prometes no decir nada y primordialmente, no tener lastima? —cuestiona Tita antes de decir algo más.

—Claro. Será nuestro secreto.

—Hace ya casi seis años, un día primero de enero. Todos dormían, pero yo tenía neumonía y estaba en cama, esa misma donde te encuentras tú. Zil, había pasado la noche cuidando de mí. Tal como lo hizo contigo. Tan solo tenía dieciséis años. Salió a buscar leña, pero no había. Se le hizo fácil ir a los alrededores a buscar algo de ramas y palos secos. Había estado nevando días antes y había mucha aguanieve. Unos soldados que venían borrachos del cuartel la encontraron en el camino. Imagina lo que le hicieron. Turnándosele y haciendo sus vilezas con una pobre joven. Fue horrible. —Tita comenzó a llorar y Andrés se le formo un nudo en la garganta— la encontraron cuatro horas después en un pequeño arrollo. La habían llevado hasta ahí creyéndola muerta. Yo la curé. La ayudé a sanar.

Andrés estaba atónito ante las palabras de Tita. Nunca creyó que aquel fuera el motivo de la protección de la familia para con ella y tampoco el porque de su actitud defensiva.

—Pero sabes Andrés, hay cicatrices del alma más dolorosas que las físicas. Esas que no se ven son las que más causan daño y el efecto negativo que tienen en las personas pude durar años. —Termina diciendo Tita con un

pesar aun en su pecho.

—Lo lamento tanto Tita. Si me lo permite, sé que no puedo comprender al cien por ciento el dolor que sientan como familia y todo lo que ella tuvo que enfrentar. Pero comprendo lo que significa que alguien te traicione. Conozco ese dolor perfectamente.

—No se tu historia Andrés. Apenas te conozco, pero algo o tal vez la vida me han enseñado a saber en quien o no confiar. Esto que te conté no es para que le veas con lastima. Es para que comprendas que ella no es una víctima, hace mucho ha dejado de verse así. Ella es una hermosa sobreviviente, que, aunque actué a la defensiva solo es un mecanismo de defensa. O eso es lo que ha dicho la trabajadora social que a veces nos visita.

— ¿Por qué motivo les visita una trabajadora social? Si se puede saber.

—Veras, la hija de Zil. Es una preciosa niña especial. Ella es autista. Y el DIF manda una trabajadora social cada tanto para comprobar el bienestar de ella. Debido a nuestra posición económica —dice señalando a su alrededor— digamos que uno de los soldados ha interpuesto una demanda en contra de Zil para quitarle a la niña.

—Pero ¿cómo es eso posible? —pregunta Andrés consternado.

—La esposa del soldado no puede tener hijos. Y después de la demanda y pruebas de paternidad, se descubrió que Zoé era hija de él. El alegato que dio su abogado fue que había sido completamente consensual. Todo era una farsa. Recibimos amenazas y bueno, afortunadamente Fer conoció un buen abogado penal en la capital y presento una muy buena defensa. Hemos podido quedarnos con Zoé, pero, con la condición de que no le falte lo indispensable.

Por eso es por lo que Zil trabaja más de doce horas y Fer trabaja en la capital. Él le ayuda mucho. Es un buen hermano e hijo. Pero pues, la crisis ha hecho que cada vez nuestros productos se vendan menos y apenas sale lo suficiente para sobrevivir. —confiesa Tita, sintiendo menos carga al compartirla con Andrés.

Andrés por su lado ha oído cada palabra y se le ha hecho un nudo en la garganta. Se siente egoísta al haber pensado que su vida se arruinaba por algo tan visceral como perder unas vacaciones mientras que una familia que no le conocía daba todo lo que tenía para salvar su vida.

—Lamento todo lo que han vivido Tita. Estoy convencido que la vida a veces nos trata mal. Pero esto no dura todo el tiempo. La honradez, la humildad, amor y empatía tarde que temprano son recompensadas. Aprecio mucho que me diera de su confianza al contarme algo tan

personal de su familia. Confíe en mí que su secreto está a salvo conmigo.

—Gracias Andrés. Lo agradezco. —responde Tita mientras se levanta. Ha estado platicando un buen rato con Andrés y es hora de poner la comida— descansa, unas horas más llegara tu familia.

—De nuevo gracias Tita —dice un pensativo Andrés.

—De nada. Te veo más tarde.

Andrés se quedó pensativo mientras estaba recostado reposando el desayuno que Tita y Lupita le habían traído. Veía el techo mientras pensaba en posibles soluciones para esta familia.

Conocerlos. Principalmente a Tita y Zil le ha dado un giro completo a su forma de ver la vida y quizá de enfrentarla. Por primera vez en este tiempo se dio cuenta que no había pensado en que estuvo a punto de morir. Tenía unas costillas quebradas, un pulmón lastimado, un pie quebrado, un corazón lastimado, una conciencia que no le dejaba en paz y las emociones a flor de piel.

Trataba de comprender la situación general de la familia. Ciertamente que apenas si cruzo unas palabras con algunos. Pero ellos habían pasado más tiempo despiertos con él, que el con ellos. Era obvio la familiaridad con la que lo trataban.

## Capítulo 13

### Capítulo 11

Horas después. Fer y Don Memo entraron con la comida. Y diciéndole que su familia estaba por llegar.

Tita por su parte preparó unas carnitas y chicharrones para Andrés y su familia. No sabían cuántas personas vendrían a buscarle así que hizo los suficiente para veinte personas.

Como era lo pronosticado eran las tres de la tarde cuando la señora María, Matteo, Ángelo y su primo Luca Davenport llegaron al lugar. La familia García recibió con hospitalidad a la Familia De Rosa Vítale.

Don Memo presentó a su familia con tremendo orgullo y no era para más. Andrés presentó a la suya. María Vítale estaba consternada por el lugar en el que había estado su hijo accidentado todos estos días. Matteo por su lado estaba preocupado de la salud de Andrés. Mientras que Luca observaba el derredor con ojo de águila. La vida le había enseñado que el peligro estaba en todos lados. El venía a comprobar el bienestar y seguridad de los De rosa.

Andrés conocía el shock de su familia al estar en ese lugar. El mismo lo vivió. Pero también sabía que se adaptarían.

Ángelo su hermano mayor y médico, nada más llegar, bajó una maleta con sus principales utensilios para primeros auxilios. Comprobó las heridas de Andrés y le trajo las muletas que Don Memo les mencionó cuando contactó con ellos.

Tita por su lado, se mantenía al margen de todo. Algo cohibida por la presencia de aquellas personas. Lupita por su parte se mostró amable, pero no del todo confiada. Observaba con cautela cada uno de los movimientos de aquellos extraños. Le hizo de su conocimiento a Ángelo las indicaciones y procedimientos que le habían hecho a Andrés en la clínica.

—Ángelo, ¿está todo bien? —Pregunto María De Rosa.

Ángelo veía la herida de Andrés en el costado del pulmón. —Sí madre. La herida está limpia. Pero igual necesitaré hacer unos estudios para comprobar por mí mismo el daño hecho. —les hace conocer mientras vuelve a colocar los vendajes en su lugar— al menos la clínica tiene enfermeros capacitados. Te han hecho una buena curación. Te pondrás

bien pequeñín. —dice burlándose de Andrés.

—Fue Zil —dijo Tita y todos voltearon a verla algo confundidos por el comentario— Zil hizo las curaciones todos los días. En la clínica y aquí.

—No sé quién es Zil. Pero agradézcale de nuestra parte por hacer tan buen trabajo. Es una muy buena enfermera. —dice Angelo mientras saca unos billetes de quinientos de su cartera y se los pasa a Don Memo que es el que está más cercano a él— ¿puede hacérselo llegar? De nuestra parte.

Don Memo se sorprende al ver la facilidad con la que este hombre saca los billetes y se los da. Sin siquiera saber quién es Zil.

—Lo lamento. No podemos aceptar este dinero y no creo que Zil quiera. Ella es nuestra hija y no es enfermera. Gracias, pero no podemos —diciendo esto pone la mano sobre la de Ángel y añade— para nosotros es suficiente saber que Andrés sigue con vida. Esa es nuestra recompensa.

María De Rosa, era una mujer astuta. Cierto es que tenían riquezas, pero ella había sido criada en los bajos barrios de Italia.

Su esposo la conoció cuando esta trabajaba en un restaurante y se enamoraron a primera vista. Habían luchado mucho juntos para buscar un mejor futuro para ellos y su familia. Y sabía mejor que ninguno de sus hijos todo lo que cuesta sobrevivir día a día. Nada más llegar recordó toda su niñez. Y pensar que su hijo Andrés podría haber muerto le hacía sentir mal.

Una madre siempre querrá lo mejor para sus hijos. No importa si esto significaba una lección de vida. Tal como la que estaba viviendo Andrés en estos días.

—Está bien Don Memo. Les agradecemos grandemente todo lo que han hecho por Andrés estos días. Pero para nosotros sería grato que nos dejara recompensar tan generosos gestos. —anuncia la matriarca de los De Rosa.

—No podemos en serio. Es suficiente su gratitud. —Añade Lupita.

—Ok, entendemos. Sepan que nuestra gratitud es enorme y nos sentimos en deuda con ustedes. —responde María a la matriarca de los García.

—Entonces ¿Cuándo podremos llevarnos a Andrés? —pregunta Matteo mirando a Ángel y Don Memo.

— ¿Cómo te sientes Andrés? —inquire el médico de la familia— ¿te

sientes bien para viajar?

—Sí, creo que sí. Pero no quería irme hasta ver a Zil y agradecerle personalmente. Ella —dice dirigiéndose a la familia— ha estado velando cada día que estuve en coma. Y aun cuando estaba ya aquí instalado. Seguía cuidando de mí.

—Es un gesto muy noble Andrés. —dice Luca— pero creo que debemos de irnos. El pueblo está alejado de la capital y necesitamos volver para mañana a Guadalajara. —le informa.

—Entiendo. ¿Tita, cree que pueda dejarle una nota con usted? —dice desilusionado. Realmente quería volver a verla— ¿será posible?

—Claro que sí. Yo se la entrego. —le hace conocer. Eso le causa cierta ilusión sobre ellos. Pero solo era eso. Una ilusión.

Ambos eran de mundos diferentes. Clase social, educación, cultura y economía. Tendrían mucho por que luchar.

—Entonces preparemos todo para el camino. —les anuncia Don Memo mientras les señala la salida.

Matteo se queda con Andrés para ayudarle a vestir. Por su parte Tita manda a Fer con lápiz y papel al cuarto con Andrés.

Don Memo hace la entrega de lo que rescataron del carro del mayor de los De Rosa. Además de los documentos del hospital y los estudios que le realizaron. También les da la factura del corralón, el lugar donde fue llevado los restos del auto.

Ángelo revisa todos los documentos del coche y del hospital. Además, verifica el celular destrozado de su hermano. Por ello es por lo que no habían podido contactarlo. Luca comprueba los papeles de tránsito y los hechos del accidente. Mientras que María De Rosa acomoda las pertenencias de su hijo menor.

Tita por su lado prepara el presente para los De Rosa y Lupita va y comprueba a Zoé que habían dejado dibujando.

A muchos kilómetros de ahí Zil trabajaba pensando en Andrés. En todo lo sucedido y en la melancolía que le daba estar lejos de él. Sentía una sensación de despedida. Había sentido atracción hacia él y le era difícil admitirlo. Pero tenía algo más importante por lo que preocuparse. Su hija. Zoé necesitaba de ella y de sus cuidados. Andrés tarde que temprano seguiría con su vida y nunca más lo volvería a ver.

Todos estos pensamientos albergaban su mente, pero no podía darles mucho de su tiempo. Tenía que trabajar.

Los De Rosa y su primo Luca partieron de la casa de los García una hora después de haber llegado. No querían aceptar el presente que Tita la abuela de la familia los había preparado. Pero después de unas palabras Doña María los acepto con gusto. Andrés por su parte conoció la parte delantera de la casa. Estaba asombrado del bello paisaje que tenían. Y de la estructura de lo que ellos llamaban hogar. Era peor de lo que él había imaginado.

Dejando la nota a Tita. Se despidió de esta con un tierno beso en la mejilla y dándole un abrazo, ayudado por su hermano Matteo se subió al coche. Luca solo asintió en agradecimiento a la familia y puso el coche en marcha.

La familia García se quedó mirando el coche irse con la familia De Rosa en el hasta que se perdió en el horizonte gris. Una nueva helada venía y debían preparar su casa, el fuego y las provisiones.

Por la noche cuando Zil llegó. La casa estaba más sola que de costumbre. Fer y Don Memo habían salido a pueblo cercano para el tianguis del domingo. Sería una buena fecha pues viene el día 31 de diciembre y podrían vender lo que les quedaba de producto y así preparar una cena decente para su familia.

Y Andrés... El ya no estaba. Eso le hizo sentir algo desolada. Extrañaría su presencia... y su carácter... y tal vez su sonrisa... y sus ojos color avellana.

Tita al verla sentada en la mecedora arrullando a Zoé cerca de la hornilla, divisó ese rasgo de tristeza. Se acercó con sigilo y le acarició la mejilla. No hubo palabras, solo tiernas miradas que hablan. Tita le entregó el sobre que había dejado Andrés y salió del cuarto aquel. Ese que había albergado los sentimientos más sinceros y nobles de dos personas.

Zil sintió una punzada en el corazón. estaba triste. Abrió el sobre y sacó aquel papel doblado y comenzó a leer.

*Zil:*

*Temo que no te podré ver en algún tiempo y quería despedirme de ti de la mejor forma posible. Lamento haberme comportado de la forma en la que lo hice, no es la mejor versión de mí mismo. Eso te lo puedo asegurar. Si aún queda bondad en tu corazón espero que me perdones por tener una pésima actitud.*

*Por otra parte, quiero agradecerte. Gracias por todo lo que hiciste por mí. A ti y tu familia. Son una grandiosa familia. Sé que mientras se tengan el*

*uno al otro nada de lo que pase podrá afectarles tanto como a otros. Eres afortunada de tener unos padres, hermano y abuela que te aman con su corazón. Y también de ser madre. Eres una grandiosa mujer. Lo eres. No dejes que ningún hombre te haga sentir menos de lo que vales, porque vales mucho. Tu valor no se resume por tu condición, si no por tu corazón. Y tienes un gran corazón.*

*Espero que ahora que tu sangre corre por mis venas, esa bondad se me contagie. Que pueda ver la vida como tú y tu familia la ven y ser agradecido y desinteresado tal como ustedes lo son.*

*Gracias por todo. Pero, aún hay algo más. Se que no quieren aceptar este dinero. Pero apelo a tu amor por ellos para que lo aceptes. Se de la situación por la que están pasando y no querría que yo teniendo lo suficiente para darles no les diera. Eso sería egoísta de mi parte y he decidido dejar de serlo. Pensar en otros me haría un mejor Andrés.*

*Cuídate y sigue cuidando de los tuyos. Algún día llegará ese hombre que cuide de ti.*

*Eres hermosa, eres única, eres especial. No olvides.*

*Con cariño.*

*Andrés.*

Zil tenía lagrimas corriendo libres por su rostro. El nudo en la garganta no menguaba con el llanto. Sacó el sobre y vió el cheque dentro. El dinero suficiente para comprar la cena de año nuevo y muchas cosas más.

Pero no lloraba por la generosidad de Andrés. Lloraba por sus palabras. La ilusión romántica que sintió por él. Pronto se desvaneció.

Zoé que al oír el llanto de su madre despertó. Al verla llorar. Le abrazó con fuerza sin entender lo que a ella le pasaba. Tocando su cara con aquella pequeña mano, le dice: No llores mami, yo te amo.

Zil observo los pequeños ojos azules de su hija. Su pequeño Ángel con autismo. Zil la abrazó con tanto amor. Arrojando el cheque al fuego de la hornilla, lloraba con su pequeña en brazos.

—Vida, tu eres vida Zoé. Eres mi vida —dijo esto mientras arrullaba una vez más a su hija, que solo se dejaba tocar por su adorada madre.

**Fin.**

## Capítulo 14

### Epílogo

Luca observa por el retrovisor la mirada perdida de Andrés y se pregunta sobre todo lo sucedido en casa de los García, pero sabe que no dirá nada que no quiera que los demás sepan. Si algo tienen en común es que se guardan todo para sí. Su tía y su otro primo han bajado a comprar en un puesto de comida antes de tomar la carretera.

Las luces de los negocios apenas si alumbran un poco el camino por el lado izquierdo, que es el lado del chofer. De manera que Andrés está sentado en la parte de atrás de lado del copiloto y puede observar el bosque.

—¿Se puede saber qué es lo que miras con tanta atención? —pregunta con reserva Luca a Andrés.

—Estaba observando las luces.

—¿Luces?, si de tu lado solo está el bosque, no hay luz alguna.

—Te equivocas, veía las luces del cielo. Son luces que me conmueven.

—Ah, por ahí hubieras comenzado. Sabes, las personas también pueden llegar a ser luces, o en mi caso destellos nocturnos.

—Te comprendo. —dice mientras regresa la mirada al retrovisor y encara a Luca— Las personas alumbran nuestras vidas en la más oscura noche. Ellos se pueden volver nuestra salvación y esa luz que nos guíe a salir de toda adversidad.

—Te refieres a ellos, ¿cierto?

—Así es. Esas son las luces que me conmueven.

—Bueno primo, tal vez ellos te salvaron con un propósito que quizás aún no conozcas.

—Sí lo conozco. Ellos fueron mis salvadores, ahora yo seré el de ellos y el de ella.

—¿Ella, hay una "ella"? Debí imaginarlo. Con razón te salió el gen de héroe.

—Sí, hay una chica en esto. Pero no es solo ella, son todos. Son tan

unidos que vienen como en paquete.

—Vaya, me gusta esa faceta tuya melodramática. —contesta Luca un tanto burlón.

—Pues es lo que hay. Yo soporté tu faceta cursi con Kim, te toca aguantarme —le dice riéndose de él.

—Tienes razón. Al final de cuentas no importa que sean, si luces o destellos ellas siempre iluminan nuestras vidas.